



AQUÍ YACE SANCHO REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA, BARON CATÓLICO Y POR LA IGLESIA.

Letra harto notable. Fué muerto á diez y ocho de Octubre, año de nuestra salvacion de

mil y treinta y cinco. Dejó á sus hijos grandes contiendas, y al reino materia de grandes males, por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los principes suelen redundar en perjuicio del pueblo, y pagarse con daño de sus vasallos.

... de reparte se lo hacia... AQUÍ YACE SANCHO REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA, BARON CATÓLICO Y POR LA IGLESIA. Letra harto notable. Fué muerto á diez y ocho de Octubre, año de nuestra salvacion de

... mil y treinta y cinco. Dejó á sus hijos grandes contiendas, y al reino materia de grandes males, por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los principes suelen redundar en perjuicio del pueblo, y pagarse con daño de sus vasallos.

... de reparte se lo hacia... AQUÍ YACE SANCHO REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA, BARON CATÓLICO Y POR LA IGLESIA. Letra harto notable. Fué muerto á diez y ocho de Octubre, año de nuestra salvacion de

... mil y treinta y cinco. Dejó á sus hijos grandes contiendas, y al reino materia de grandes males, por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los principes suelen redundar en perjuicio del pueblo, y pagarse con daño de sus vasallos.

CAPÍTULO XXXI

Del estado de las cosas de España.

Los temporales que se siguieron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias, y las guerras crueles que se emprendieron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren en adelante cuánto importa que el reino, en especial cuando es pequeño y su distrito no es ancho, no se divida en muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable es que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasosegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco, por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo bajo. No hay gente en el mundo tan avisada y política, ni tan fiera y salvaje, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho; y sin embargo, vemos que muchos, olvidados desto y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividieron á su muerte entre muchos sus estados; en lo cual haber errado grandemente, los tristes y desastrados sucesos que por esta causa resultaron lo mostraron bastantemente; y todavía los que adelante sucedieron, no dudaron de imitar en este yerro á sus antepasados. Es así, que muchas veces las opiniones caidas

y olvidadas se levantan y prevalecen; y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente, además que cada cual demasiadamente se fia de sus esperanzas, y halla razones para aprobar lo que desea. Esto le aconteció al rey D. Sancho, cuya vida y hechos quedan relatados en el libro pasado.

Estaba la cristiandad, cuan anchamente se extendia en España, casi toda reducida y puesta debajo del mando de un principe: merced grande y providencia del cielo para que el señorío de los moros, que de sí mismo se despeñaba en su perdicion, con las fuerzas de todos los cristinos, juntas en uno, se desarraigase de todo punto en España. Pero desbarató estos intentos la division que este rey hizo entre sus hijos y herederos, de todos sus estados: acuerdo perjudicial y errado. Entramos en una nueva selva de cosas, y la narracion de aquí adelante irá algo más extendida que hasta aquí. Por esto será bien, en primer lugar, relatar el estado en que España y sus cosas se hallaban despues de la muerte del ya dicho rey D. Sancho. Dividió sus reinos entre sus hijos en esta forma: D. García, el hijo mayor, llevó lo de Navarra, y el ducado de Vizcaya con todo lo que hay desde la ciudad de Nájara, hasta los



montes Doca: á D. Fernando, hijo segundo, dieron en vida de su padre y madre, doña Nuña, á Castilla, trocado el nombre de conde, que ántes solia tener aquel estado, en apellido de rey: á D. Gonzalo, el menor de los tres hermanos legítimos, cupieron Sobrarbe y Ribagorza, con los castillos de Loharri y San Emeterio: á D. Ramiro, hijo fuera de matrimonio, aunque de madre principal y noble, dió su padre el reino de Aragon, fuera de algunos castillos que quedaron en aquella parte en poder de D. García, y se le adjudicaron en la particion: traza en derezada á que los hermanos estuviesen trabados entre sí, y por esta forma se conservasen en paz. Todos se llamaron reyes, y usaban de córte y aparato real, de que resultaron guerras perjudiciales y sangrientas. Cada cual ponía los ojos en la grandeza de su padre, y pretendía en todo igualarle. Llevaban otrosí mal que los términos de sus estados fuesen tan cortos y limitados.

En Leon reinaba á la misma sazón D. Bermudo III deste nombre, cuñado de D. Fernando, ya rey de Castilla. En el reino de Leon se comprendian las provincias de Galicia y de Portugal y parte de Castilla la Vieja, hasta el rio de Pisuerga. Conde de Barcelona era don Ramon, por sobrenombre el Viejo; falleció el mismo año que el rey D. Sancho, que se contaba de nuestra salvacion 1035. Sucedióle don Berenguel Borello, su hijo, aunque pequeño de cuerpo, en ánimo y esfuerzo no ménos señalado que sus antepasados. Á la verdad, ganó por las armas á Manresa y otro pueblo que llaman Prados del Rey Galafre; ganó otrosí y hizo que volviesen á poder de cristianos Tarragona y Cervera, demas de otros pueblos comarcanos, que por negligencia de su padre ó por no poder más se perdieron los años pasados. Muchos señores moros que tenían sus estados por aquellas partes, los sujetó con las armas y forzó á que le pagasen parias. Casó con dos mujeres. la una se llamó Radalmuri, la otra Almodi. De la primera tuvo dos hijos, D. Pedro y D. Berenguel; la segunda parió á D. Ramon Berenguel, que se llamó Cabeza de Estopa, por causa de los cabellos espesos, blandos y rubios que tenía. Este era el estado y disposicion en que

se hallaban por este tiempo las cosas de los cristianos en España.

Los reinos de los moros (como de suso se dijo) eran tantos en número, cuantas las ciudades principales que poseían. El reino de Córdoba todavía se adelantaba á los demas en autoridad y fuerzas, por ser el más antiguo y más extendido, si bien los bandos domésticos y alborotos le traian puesto en balanzas. El segundo lugar tenía el de Sevilla; luégo Toledo, Zaragoza. Huesca, sin otros reyezuelos moros, en fuerzas, riquezas y valor de menor cuenta que los demas, y que fácilmente los pudieran atropellar y derribar si los nuestros se juntaran para acometellos y conquistarlos. Las discordias que de repente y sin propósito resultaron entre los príncipes, dado que eran hermanos y deudos, estorbaron que no se tomase esta empresa tan santa.

D. García, rey de Navarra, por voto que tenía hecho dello, ó sea por alcanzar perdon del pecado que cometió en acusar falsamente (como está dicho) á su madre, era ido á Roma á la sazón que su padre falleció, á visitar las iglesias de San Pedro y San Pablo, segun que lo acostumbraban los cristianos de aquel tiempo. D. Ramiro, su hermano, quiso aprovecharse de aquella ocasion de la ausencia de D. García para acrecentar su estado: que en materia de reinar ningun parentesco, ni la ley divina ni humana puede bastantemente asegurar. Para salir con su intento, puso liga y amistad con los reyes de Zaragoza, Huesca, Tudela, si bien eran moros: juntó coa ellos sus fuerzas, rompió por las tierras de Navarra, y en ella puso sitio sobre Tafalla, villa principal en aquellas partes. Sucedió que el rey D. García volvió á la sazón de su romería, y avisado de lo que pasaba, con golpe de gente que juntó arrebatadamente de los suyos, dió de sobresalto sobre su hermano y su hueste con tal ímpetu y furia, que le hizo huir de todo su reino de Aragon sin parar hasta Sobrarbe y Ribagorza. El sobresalto fué tal, y la priesa de huir tan arrebatada, que le fué forzado saltar en un caballo que halló á mano sin freno y sin silla, por escapar de la muerte y salvarse. Principios fueron estos de grandes revueltas y desmanes que se siguieron adelante.



Los del reino de Leon no estaban bien con el rey de Castilla D. Fernando. Los cortesanos, falsos y engañosos aduladores, que ni son buenos para la paz ni para la guerra, atizaban contra él al rey D. Bermudo. Él de suyo se mostraba lastimado, así bien por la mengua de haberle tomado su hermana por mujer contra su voluntad, como por el menoscabo de su reino por la parte que conquistaron los reyes don Sancho y D. Fernando, padre y hijo, y los desaguisados que en aquella guerra le hicieron, segun queda arriba declarado. Ofrecíase buena ocasion para satisfacerse destes agravios por la discordia que comenzaba entre los hermanos, en especial por ser flacas las fuerzas del rey D. Fernando y su estado no muy grande: acordó, pues, de juntar su gente, salió á la guerra, y acometió las fronteras de Castilla. D. Fernando, avisado del peligro que sus cosas corrían, llamó en su socorro á su hermano don García, rey más poderoso que los demas por el grande estado que alcanzaba, y que de nuevo estaba ufano y pujante por la victoria que ganó contra D. Ramiro su hermano: vino por ende de buena gana en lo que D. Fernando le pedía. Juntaron las fuerzas, marcharon con sus huestes en busca del enemigo, y á vista suya asentaron sus reales en la ribera del rio Carrión en el valle de Tamarón, y cerca de un pueblo llamado Lantada. Tenían grande gana de pelear: ordenaron las haces por la una y por la otra parte, la batalla fué reñida y sangrienta, muchos de los unos y los otros quedaron tendidos en el campo.

En lo más recio de la pelea, D. Bermudo, confiado en su edad, que era mozo, y en la destreza que tenía en las armas grande, y en su caballo, que era muy castizo, y le llamaban por nombre Pelayuelo, con grande denuedo rompió

por los escuadrones de los contrarios en busca de D. Fernando, con intento de pelear con él, sin miedo alguno del peligro tan claro en que se ponía: en esta demanda le hirieron de un bote de lanza de que cayó muerto del caballo. Con su muerte se puso fin á su reino, y juntamente á la guerra, á causa que D. Fernando, ganada la victoria, se entró por el reino de Leon, que por derecho le venía, para apoderarse de él, de sus castillos y ciudades; cosa muy fácil, por estar los ánimos de aquella gente amedrentados y cobardes por la muerte de su rey y la pérdida tan fresca, si bien por el comun afecto de todas las naciones aborrecían el gobierno y mando extranjero, por donde, y más por obedecer á su rey, tomáran primero las armas, y de presente pretendían hacer resistencia á los vencedores. La osadía y ánimo sin fuerzas poco presta. Cerraron, pues, los de Leon al principio las puertas de su ciudad al ejército victorioso, que acudió sin tardanza; mas como quier que no estuviese reparada despues que los moros abatieron sus murallas, ni tuviese soldados, municiones, almacén y bastimentos para sufrir el cerco á la larga, mudados luégo de parecer acordaron de rendirse. Llevaron los ciudadanos al rey, con muestra de grande alegría, á la iglesia de Santa María de Regla, donde á voz de pregonero alzaron los estandartes por él y le coronaron por su rey. Hizo la ceremonia D. Servando, obispo de Leon, que fué el año de Cristo de mil y treinta y ocho. Reinó D. Fernando en Leon veinte y ocho años, seis meses y doce días; en Castilla otros doce años más, parte dellos en vida de su padre, parte despues de sus días. Era entónces Castilla de estrechos términos, pero de cielo sano, templado y agradable; la campiña fresca, y en todo género de esquilmos abundante.



dentro tenía pelearon valerosa y esforzadamente, como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dió mucho contento al rey, no sólo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque hobo á las manos el moro de quien se dijo arriba que mató al rey D. Alonso su suegro con una saeta que le tiró desde el adarve, la cual muerte el rey vengó con darla al matador despues que le sacaron los ojos y le cortaron las manos y un pié, que fué género de castigo muy ejemplar.

En la prosecucion desta guerra se ganaron asimismo de los moros los castillos de San Martín y de Taranzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del apóstol Santiago, patron y amparo de España, cuyo favor muchas veces experimentáran los nuestros en las batallas. Acordó el rey de ir á visitalla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenía hechos y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro que le asistía, y no se le trocase aquella prosperidad y buena andanza, ni se le anublase, ca tenía determinado de no parar ni reposar hasta tanto que desterrase de España aquella secta malvada de los moros. Esto pasaba el año segundo despues que se apoderó del reino de Leon. El siguiente, que se contaba de Cristo mil y cuarenta, tornó de nuevo con mayor ánimo y brío á la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabajos largos del cerco, falta de vituallas y almacen les forzó á tomar este acuerdo. Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro, que no fueron sino siete meses, y por descuido mudaron en años el número de los meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las más nobles y señaladas que tenía Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho más los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el rey D. Juan el III de Portugal para que fuese una de las universidades más principales de España. Los monjes de un monasterio que se decia Lormano, se refiere ayudaron mucho al

rey D. Fernando para proseguir este cerco, con vituallas que le dieron, las que con el trabajo de sus manos tenían recogidas en cantidad, sin que los moros en cuyo distrito moraban lo supiesen; no se sabe qué gratificacion les hizo el rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande.

Con la toma desta ciudad los términos del reino de Leon se extendieron hasta el rio Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latin se llama Monda. Puso el rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y casillos que se ganaron en aquella comarca, un varon principal, por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los moros, de sus fuerzas y manera de pelear, á causa que en otro tiempo sirvió á Benabet, rey de Sevilla, en la guerra que hacia á los cristianos que moraban en Portugal: tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego, por nombre Estéban, segun en el libro del papa Calixto II se refiere, que viniera á visitar la iglesia de Santiago, como oyese decir que muchas veces el Apóstol en lo más recio de las batallas se aparecía y ayudaba á los cristianos, dijo: Santiago no fué soldado, sino pescador. Esto dijo él: la noche siguiente vió entre sueños cómo el mismo apóstol ayudaba á los cristianos que estaban sobre Coimbra, para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que á la misma hora que aquel obispo vió aquella vision, se tomó la ciudad de Coimbra, con que el griego y los demas quedaron satisfechos que el sueño fué verdadero y no vano. El rey, dado que hobo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo á visitar la iglesia de Santiago y dalle parte de las riquezas y presa que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recibidas, y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar.

Concluido con esta visita y devocion, dió la vuelta para visitar á manera de triunfador las ciudades de sus reinos de Castilla y de Leon. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino recogia de sus vasallos subsidios y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendia hacer con mayor diligen-

CAPÍTULO XXXII

De las guerras que hizo el rey D. Fernando contra moros.

Con el nuevo reino que se juntó al rey D. Fernando, se hizo el más poderoso rey de los que á la sazón eran en España. Con la grandeza y poder igualaba el grande celo que este príncipe tenía de aumentar la religion cristiana, demas de las muchas y muy grandes virtudes en que fué muy acabado, y en la gloria militar tan señalado, que por esta causa cerca del pueblo ganó renombre de Grande, como se ve por las historias y memorias antiguas de aquel tiempo, en que el favor, ó sea adulacion de gentes, pasó tan adelante, que le llamaron emperador, ó igual á emperador. Fué otros dichoso por la sucesion que tuvo de muchos hijos é hijas. La primera que le nació ántes de ser rey fué doña Urraca; despues della D. Sancho, que le sucedió en sus reinos; luégo doña Elvira, que casó adelante con el conde de Cabra; demas destos D. Alonso, en quien despues vino á parar todo, y D. García, el menor de sus hermanos, todos nacidos de un matrimonio. De cuya crianza tuvo el cuidado que era razon, que los hijos en su tierna edad fuesen amaestrados y enseñados en todo género de virtud, buena crianza y apostura; las hijas se criasen en toda cristiandad y en los demas ejercicios que á mujeres pertenecen. Gozaba en su reino de una paz muy sosegada; las cosas del gobierno las tenía muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer la guerra á los

moros. Parecía que por ningun camino se podia más acreditar con la gente, ni agradar más á Dios que con volver sus fuerzas á aquella guerra sagrada.

Los moros que habitaban hácia aquella parte que hoy llamamos Portugal, se tendian largamente á las riberas del rio Duero; por donde aquella comarca se llamó entónces Extremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellido á aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los rios Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Caíanle aquellos moros más cerca que los demas, y por esta causa, aumentado que hobo su ejército con nuevas levadas de soldados, marchó contra los que acostumbraban á hacer cabalgadas y grande estrago en las tierras de los cristianos, y á la sazón con una grande entrada que hicieron robáran muchos hombres y ganados. Dióse el rey tan buena maña y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados, les quitó lo primero la presa que llevaban; despues, alentado con tan buen principio, pasó adelante. Dió el gasto á los campos de Mérida y Badajoz, sin perdonar á cosa alguna que se le pusiese delante: los ganados y cautivos que tomó fueron muchos; ganó otrosí dos pueblos, llamados el uno Sena y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal, rindió la ciudad de Viseo, con cerco muy apretado que le puso, si bien los moros que



cia contra los moros que moraban descuidados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robáran á los cristianos. Tocaba esta conquista, y pertenecia, más propiamente, á los reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava, no les daba lugar á cuidar de otra cosa alguna. D. Ramiro acrecentó por este tiempo su reino con los estados de Sobrarbe y Ribagorza, en que sucedió por muerte de su hermano don Gonzalo. Algunos, por escrituras antiguas, que para ello citan, pretenden que D. Gonzalo falleció en vida de su padre, otros que uno llamado Ramoneto, de Gascuña, en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montclus, le dió la muerte volviendo de caza: lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victorian.

El rey D. Ramiro, aumentado que hobo por esta manera su reino, daba guerra á los navarros, que le tenian usurpado parte de su reino de Aragon. No se les igualaba en las fuerzas ni en el número de la gente por ser estrecho su estado; pero demas de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman, Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio, conde de Bigerra, y de su mujer Garsenda. En ella tuvo á D. Ramiro, á D. Sancho, á D. Garcia y á doña Sancha, que casó con el conde de Tolosa, y á doña Teresa, que fué mujer de Beltran, conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo por nombre D. Sancho, á quien hizo donacion de Aybar, Javier, Latres y Ribagorza, con título de conde: no dejó sucesion, y así volvió este estado á la corona de los reyes de Aragon. Las armas de D. Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron, como se apuntará en su lugar.

Volvamos al rey D. Fernando, que con intento de hacer guerra á los moros ya dichos, y revolver contra los del reino de Toledo, que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó á Santistéban de Gormaz, Vadoregio, Aguilar, Valeránica, que al presente se dice

Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los moros señas con ahumadas para que los suyos se aperciesen contra los cristianos. Desde allí, pasados los puertos, frontera á la sazón entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda: lo mismo hizo en los de Guadalajara y Alcafá, que estan puestas á la ribera del rio Henares, sin parar hasta dar vista á Madrid.

El rey Almenon de Toledo, movido por estos daños, y con recelo de que serian mayores adelante, compró á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey D. Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demas que prometieron acudirle con párias cada un año. Lo cual todo no ménos honra acarrea á los cristianos y reputacion, que mengua á los moros, que de tanto poder y pujanza como poco ántes tenian, se veian de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de África, que tan cerca les caia, y eran forzados á guardar las leyes de los que ántes tenian por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se debe tanto atribuir á la prudencia y fuerzas humanas, cuanto al favor de Dios, que quiso ayudar y dar la mano á la cristiandad, que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se via, así grandes como menores, con que todos movidos del ejemplo de su rey se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos, que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y se hacian cristianos: otros, si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenian en su tierra, por ver que los cristianos los honraban, y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata, ni joyas preciosas, tenian en tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

CAPÍTULO XXXIII

Como trasladaron los huesos de S. Isidoro de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal, sepultura de los reyes antiguos de aquel reino, su advocacion de San Juan Baptista. Estaba maltratada; que las guerras, y cuando éstas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La reina doña Sancha era una muy devota señora: persuadió al rey su marido la reparase, y para más ennoblecilla la escogiese para su sepultura y de sus descendientes; que ántes tenia pensado de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El rey, que no era ménos pio y devoto que la reina, y más aina la excedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviédo, dondè yacian, los huesos del rey D. Sancho de Navarra, padre del rey; y para aumentar la devocion del pueblo, trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de santos, de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla, ciudad la más principal del Andalucía, que si bien estaba en poder de los moros, todavia se conservaban en ella muchos cuerpos de los santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el rey valerse de las armas, y hacer guerra á Benabet, rey de Sevilla. Parecióle que

por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra: muchos pueblos de la Andalucía y de la Lusitania que eran deste principe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado.

El rey moro, acosado destos daños tan graves, deseaba tomar asiento con los cristianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante, acudir cada un año con ciertas párias. El rey D. Fernando aceptó aquellos partidos, y la amistad del moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de Santa Justa, que fué la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el moro con lo que se le pedia. Hicieron sus juras y homenajes de cumplir lo que ponian, con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el rey al obispo de Leon, Alvito, y al de Astorga, por nombre Ordoño, y en su compañía, por sus embajadores, al conde D. Nuño. D. Fernando y D. Gonzalo, personas principales de su reino: dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla, avisados de lo que se pretendia, sea movidos de sí mismos, por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los santos, por medio de sus santas reliquias, ó lo que más creo, á persuasion de los cristianos